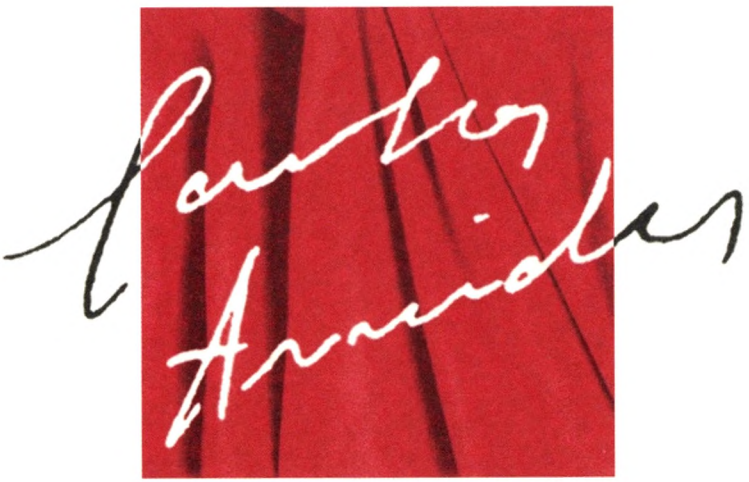
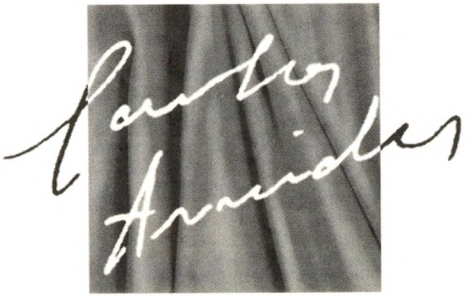


Y EL TEATRO



Y EL TEATRO

EXPOSICION

Del 27 de marzo al 30 de abril de 1995

Organizan:
Instituto de Cultura "Juan Gil-Albert" (Diputación de Alicante).
Consellería de Cultura de la Generalitat Valenciana.
Centro de Documentación Teatral del Ministerio de Cultura.
Museo Nacional de Teatro de Almagro.

Coordinador General: Ramiro Muñoz Haedo.

Asesoramiento científico:
Juan A. Ríos Carratalá. Andrés Peláez Martín. José A. Miranda Encarnación.
Rosa Monzó Seva. Gaspar Peral Baeza.

Diseño: Cota Cero.

Realización y montaje:
Miguel Angel Carmona. Manuel Lagos Cisneros. Santiago García. Antonio Fernández.

Reprografía documental: Goyo.

Gerencia y administración:
Alejandro Tavera. Inmaculada Fernández

Agradecimientos:
Paloma Arniches y familia.
Maruchi Fresno.
Producciones Enrique Cornejo.
Producciones Juanjo Seoane.
Biblioteca "Gabriel Miró" de la Fundación Cultural CAM.
Institut del Teatre de Barcelona.
Vicente Ramos.
Francisco J. Serrano, Emilio Puig, Luis D. Salinas y Eduardo J. González.
Simón Suárez.

BIOGRAFIA

El alicantino Carlos Arniches (1866-1943) fue, ante todo, un infatigable autor teatral. Su biografía apenas tiene rasgos destacados al margen de su profesión. Tras su infancia en Alicante, se marchó a Barcelona en busca de trabajo siendo un joven que sólo había publicado poemas en la prensa local. Poco después se trasladó a Madrid sin una vocación teatral definida. Intentó ganarse la vida en distintas actividades hasta que en 1888 estrenó su primera obra, *Casa editorial*, escrita en colaboración con el alcoyano G. Cantó. La acogida obtenida le permitió adentrarse en el pujante teatro popular dominado por el "Género chico". Pronto se convirtió en un autor cotizado y se dedicó profesionalmente a su tarea creadora hasta su fallecimiento.

Durante 55 años escribió más de 200 obras de teatro. Reclamado por las más destacadas compañías, su metódico trabajo le obligaba a una dedicación exclusiva, completada con la asistencia a los ensayos. Apenas tuvo tiempo para actividades al margen de su profesión.

Su imagen personal era distinta a la de la mayoría de sus personajes. Alto, elegante y correcto, sorprendía por su seriedad. El éxito profesional le situó en los ambientes más selectos de la burguesía de la época, sin perder el contacto con las clases populares que tantas veces llevó al teatro. Pero, ante todo, sus coetáneos valoran su prudencia, tolerancia y bondad, que le permitieron triunfar sin provocar envidias y obtener el respeto de la crítica y el público.

Arniches fue un hombre volcado con su familia. Su esposa le ayudó en las tareas teatrales y sus hijos participaron durante los años treinta en los ambientes vanguardistas. Su domicilio se convirtió en punto de encuentro para sujetos como Bergamín, García Lorca, Buñuel, Altolaguirre y otros que, a pesar de las diferencias estéticas, respetaron al tolerante y comprensivo Arniches.

Su ideología conservadora fue compatible con una sensibilidad social presente en su teatro. Enemigo de toda prepotencia y violencia, buscó la conciliación basada en el respeto mutuo, tanto en su obra como en su vida. En 1936 esa convivencia se truncó y dio comienzo el período más amargo de su vida. Tras pasar la Guerra Civil en Buenos Aires, volvió a España tan sólo para morir.

Después de haber transmitido alegría y optimismo con sus obras, Arniches vio como su familia se rompía por el exilio, algunos de sus textos eran censurados y la España ilusionada de su madurez se había convertido en un país triste e intolerante. El "ilustre sainetero" murió sumido en la melancolía, pero dejó una obra alegre y optimista fruto de un incansable trabajo.

OBRA TEATRAL

La extensa producción teatral de Arniches abarca distintos géneros, que reflejan la evolución de los gustos del público mayoritario de la época. No obstante, el conjunto mantiene unas características constantes.

En un teatro que dependía del favor del público, el autor alicantino utilizó fórmulas adecuadas para satisfacerle. Sus textos plantean algunos aspectos innovadores, pero en la dirección deseada por un público que acudía a las representaciones para divertirse con una obra sencilla.

El humor es una clave del éxito de Arniches. Excelente dominador de las técnicas del diálogo, jugó con el lenguaje para crear innumerables chistes, réplicas ingeniosas o juegos verbales de indudable comicidad.

Arniches buscó que sus espectadores disfrutaran con el humor y que se identificaran emocionalmente con sus personajes.

Hasta que el consabido final feliz recompensa la bondad intrínseca de los protagonistas, los espectadores compartían emociones y alegrías con quienes desde el escenario sabían captar sus simpatías.

Esa capacidad de identificación del público se deriva, en parte, de las dotes de observador de la realidad que demostró Arniches. Sin practicar un realismo en sentido estricto, cultivó un costumbrismo capaz de crear una imagen y un lenguaje de la realidad que, siendo ficción teatral, fue aceptada por los espectadores como propia.

Arniches estaba sujeto a las limitaciones propias de un autor de éxito. Vinculado a las compañías, a los empresarios y, sobre todo, al público que le demandaba un teatro sencillo, costumbrista y de humor, pocas veces pudo superar estos límites. Sin embargo, lo hizo con éxito e intentó dotar a su teatro de una sensibilidad crítica.

Las obras de Arniches tienen unas estructuras sencillas y eficaces. No es original en sus temas y argumentos, pero sabe plantearlos en términos teatrales dominando las técnicas de la "carpintería", el oficio de un dramaturgo de gran experiencia.

La obra de Arniches suele mostrar una imagen positiva y optimista de la realidad. No se ocultan los problemas, pero siempre hay una solución que, al menos, es posible sobre el escenario. Sus finales felices reconfortan a los espectadores, pero a veces dejan latentes problemas que fueron captados por un Arniches atento a la realidad de su época.

Humor, costumbrismo, emociones, críticas, sencillez y eficacia teatral son componentes de una fórmula artesanal que utilizó como pocos. Una fórmula fácil de describir, pero compleja para llevarla a la práctica con las dosis adecuadas.

LOS GENEROS TEATRALES

Arniches cultivó los géneros habituales en su época, excepto el drama. Siempre en la línea de un teatro popular, costumbrista y de humor, varió a lo largo de su trayectoria para amoldarse a los gustos del público.

Arniches alcanza la fama con el "Género chico", hegemónico en el teatro popular de entre siglos. Estas obras breves, sencillas, con tipos representativos de los ambientes populares y diálogos cómicos, constituyen un género que entronca con una larga tradición teatral. Arniches la revitalizó aportándole nuevos tipos, un costumbrismo adecuado a la época y un dominio del lenguaje que permitía eficaces efectos cómicos.

El sainete y la zarzuela abundan en el primer período de su producción, donde era habitual que colaborara con otros autores. También contó con la participación de destacados compositores.

El progresivo agotamiento del sainete y la zarzuela le llevaron a una producción donde predominan las comedias y las "tragedias grotescas", culminación de su trayectoria y la principal de sus aportaciones al teatro español.

Títulos como *¡Que viene mi marido!* (1918), *Es mi hombre* (1921) y *La señorita de Trevélez* (1916) ejemplifican una fórmula en la que el humor de Arniches alcanza una nueva dimensión al combinarse con la tragedia, eso sí, grotesca. En estas obras vemos temas dramáticos de la vida cotidiana en los que unos débiles personajes luchan contra un código de valores falsos. Estos enfrentamientos permiten que, bajo la capa del humor, se presenten una seriedad y una hondura propias de las tragedias de unos personajes que triunfan, pero sólo de forma inmediata y dejando latente su tragedia.

En esta misma época escribió comedias como *La heroica villa* (1921) o farsas como *Los caciques* (1920) que, sin prescindir del humor, muestran la visión crítica de un Arniches que enlazó con los movimientos regeneracionistas de su época.

Las citadas obras le proporcionaron el reconocimiento de la crítica más exigente, pero el público no le apoyó en la misma medida. El éxito de los sainetes creó unas expectativas en sus espectadores que le dificultaron adentrarse por caminos más en consonancia con la evolución teatral de los años veinte y treinta. Sus comedias de estas décadas combinan el humor con un componente melodramático cada vez más presente, lo cual les resta interés aunque obtuvieran notables éxitos de público.

Tras la espectacular acogida en Argentina de *El Padre Pitillo* (1937), censurada obra que propugnaba la reconciliación, sus últimos textos revelan la melancolía de un artesano que en los distintos géneros siempre combinó los mismos elementos.

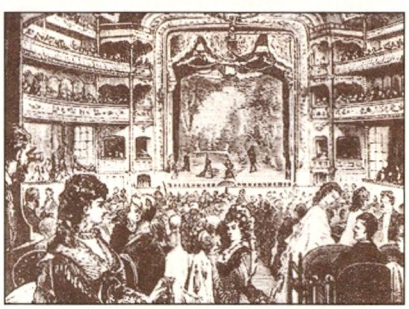
LOS TEATROS DE LA EPOCA

Arniches vivió una época brillante de los teatros españoles. La necesidad de satisfacer a un público numeroso y heterogéneo provocó la proliferación de locales para acoger las distintas variantes del espectáculo teatral.

Desde nuestra perspectiva, sorprende la enorme cantidad de teatros abiertos durante aquellas décadas, tanto en Madrid como en provincias. Pero recordemos que, hasta los años veinte, el teatro era el principal espectáculo de masas.

Todos los grupos sociales acudían al teatro, pero había notables diferencias entre unos locales y otros, que afectaban hasta los horarios de las sesiones. Frente a las cinco o seis diarias de los especializados en el género chico, los dedicados al drama ofrecían una o dos sesiones. Las diferencias de precios también eran considerables entre los teatros populares y los de las clases acomodadas.

Como ejemplos de la pujanza de la actividad teatral, durante el mes de enero de 1923 en Madrid se dieron 1.531 representaciones de las 158 obras programadas en los 22 teatros abiertos. Arniches en la temporada 1918-9 tuvo en la cartelera madrileña 41 obras, 4 de las cuales fueron estrenos. El mismo número alcanzó en la temporada 1925-6, en la que estrenó 6. En Alicante, durante el período 1900-1910 funcionaron 12 locales distintos, donde se representaron 48 obras de Arniches.



Teatro Nuevo

GRAN COMPAÑÍA CÓMICO-LÍRICA

LEOPOLDO GIL

JOAQUIN PERIS

El Jluso Cañizares

LA RABALERA

NINON

LA REJA DE LA DOLORES

NINON

LA RABALERA

Entrada General, 20 cénts.

Los teatros eran de propiedad casi exclusivamente privada, tenían importantes cargas fiscales, no recibían ayudas y, claro está, se regían por intereses comerciales. Estas circunstancias provocan que la pujanza de la actividad teatral apenas se traduzca en una renovación de la misma. Los empresarios no arriesgaban y los autores acudían siempre a los géneros de reconocido éxito entre el público mayoritario.

La necesidad de satisfacer a un público heterogéneo llevó a la especialización de los teatros en los diferentes géneros. La cartelera de cada local solía ser uniforme y tenía un público fiel y partidario del género programado. Un ejemplo vinculado con Arniches es el Teatro Apolo, especializado en la representación de los géneros cultivados por él. En torno a este local se creó un peculiar ambiente de gente con ganas de diversión, diferente al de teatros "aristocráticos" como el Princesa y el Español.

La asiduidad de un público identificado con el local y el género programado creaba un clima particular. Los teatros se convirtieron en puntos de encuentro para quienes acudían a un acto cuyo significado desbordaba lo estrictamente teatral.

A partir de los años veinte, la competencia con el cine y otros espectáculos de masas marcó el inicio de una crisis que provocó la desaparición de muchos locales.

LOS ACTORES

El éxito de Arniches se basó también en el trabajo de los destacados actores que representaron sus obras. Esta afirmación en su caso tiene una justificación particular. Sus textos están vinculados a una peculiar forma de interpretar, donde el subrayado se conseguía con técnicas tan tradicionales como hoy olvidadas. Sus obras están pensadas para compañías concretas que le pedían originales. Los personajes los concebía de acuerdo con las características de los actores, buscando su lucimiento gracias a papeles ajustados a sus posibilidades. Arniches nunca escribió al margen de los actores.

El éxito le permitió contar con encargos de las principales compañías de la época, que procuraban tener sus obras en el repertorio como una garantía. La lista de actores que representaron sus personajes es similar a la de las más destacadas figuras del teatro cómico. No obstante, destacan dos parejas: Loreto Prado y Enrique Chicote y, más tarde, Valeriano León y Aurora Redondo.

Eran actores formados en la escuela del escenario. Desde la etapa de meritorio sin sueldo hasta la del primer actor con compañía propia transcurrían duros años de trabajo, de aprendizaje junto a los ya consagrados. Su autodidactismo les limitaba para abordar papeles dramáticos, pero solía ser una buena escuela para los cómicos, donde lucían una repetida y eficaz gama de recursos histriónicos.

La relación entre los actores y los autores era más directa que ahora. Apenas existía la figura del director, cuyas funciones eran asumidas por el primer actor que también solía ser el responsable de la compañía. La voraz cartelera de la época obligaba a contar con un mínimo de estrenos para la temporada y otras obras en el repertorio, fundamental si se iniciaba una gira. En cada lugar se representaban varias obras y, aunque había reposiciones, se debía incluir algún estreno. De ahí la necesidad de contar con autores que abastecieran a la compañía, entre los cuales Arniches era cotizado por su fama y su seriedad en los compromisos adquiridos.

Varias representaciones diarias, pocas horas de ensayos, muchas de penosos viajes, demasiadas obras en el repertorio y otras circunstancias hacían dura la labor de los actores. Lejos de cualquier romanticismo, su única recompensa solía ser la comunicación con un público a quien conocían perfectamente. Arniches tuvo olfato creativo para captar las claves de esa comunicación y ahí radica buena parte de su éxito.

EL PUBLICO

El público casi siempre es el factor decisivo en la historia del teatro. En la época de Arniches gracias a su masiva presencia hay una pujanza en la actividad teatral. Pero el conformismo de la mayoría de los espectadores impidió que las tendencias innovadoras fructificaran. Valle-Inclán, García Lorca y otros renovadores sufrieron la incomprensión de un público poco abierto a las novedades y demasiado inclinado a los autores y géneros ya consagrados.

Arniches fue consciente de los límites que imponía su público. Hizo tentativas innovadoras, pero sin alejarse de las expectativas de un público acostumbrado a asociarle con un determinado tipo de teatro. Arniches significaba humor, buenos diálogos, costumbrismo, suave crítica y equilibrio en la construcción de obras eficaces y sencillas. Cualquier modificación radical habría sido rechazada.

La afición por el teatro era intensa, pero no tanto la formación de la mayoría de los espectadores. La masificación del público trajo consigo la incorporación de sectores de escasa cultura que sólo buscaban la más elemental diversión. Para ellos se creó el "teatro por horas", fórmula que permitía un abaratamiento de las localidades en teatros donde las breves piezas del "Género chico" se repetían hasta seis veces en una misma velada. Por otra parte, los espectadores de los sectores elevados tenían un talante conservador incapaz de ir más allá de lo propuesto por Benavente, pronto convertido en el prototipo del autor de las clases acomodadas.

Era, pues, escaso el margen para buscar un público inquieto, que se refugiaba en las propuestas que con modestos medios intentaban sobrevivir ajenas al teatro comercial.

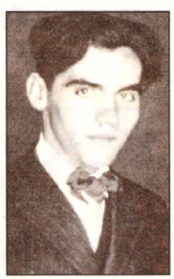
Una prueba es la respuesta dada por el público de la época a las obras de Arniches hoy mejor valoradas. Frente al éxito de algunas ya olvidadas, las consideradas más representativas a menudo tuvieron una moderada respuesta del público. Arniches asumió esa circunstancia y, a partir de los años veinte con la competencia del cine, sólo confía en que el teatro quede reducido a un arte destinado a sectores más cultivados y, por lo tanto, con mayor inquietud teatral.

Mientras tanto, un público bullangero, divertido, capaz de interpelar a los actores y apasionado por un teatro mucho más presente en la vida social que ahora, era el destinatario de unas obras expuestas al pataleo o a convertirse en éxitos. El público era el juez y no solía matizar demasiado sus respuestas. Pero como decía Arniches, al día siguiente de un éxito había que seguir trabajando y después de un pataleo, también. Era su oficio y su público.

LA CRITICA

La importancia adquirida por el teatro provocó que la mayoría de las publicaciones periódicas incluyeran secciones dedicadas a las reseñas de las obras representadas. En la prensa madrileña colaboran figuras destacadas como el temido Leopoldo Alas, que toma el relevo de la labor desarrollada por Larra. Otras firmas de finales del s. XIX y principios del XX fueron más benevolentes y, a veces, demasiado vinculadas con los intereses de los empresarios teatrales. Pero en general constituyen un interesante testimonio de la actividad teatral.

La extensión de la crítica teatral en la prensa también afectó a las publicaciones de provincias, donde ya se había iniciado este fenómeno a mediados del s. XIX. A menudo se incluye una información escueta sobre las obras, pero es posible encontrar valoraciones críticas que nos orientan acerca de las reacciones de los espectadores de provincias, no siempre coincidentes en sus gustos con los de la capital.



Arniches contó con el apoyo de la crítica, aunque fuera censurado por algunas obras de su extenso repertorio. Hombre moderado e inteligente, se granjeó la simpatía de unos críticos que le respetaron y hasta le consideraron como una institución del teatro popular de la época.

No obstante, el espaldarazo crítico de Arniches vino de la mano de R. Pérez de Ayala. Su favorable valoración de las tragedias grotescas muestra el reconocimiento que el autor alicantino consiguió en los sectores más exigentes de la crítica. Arniches ya había triunfado entre los espectadores, pero los comentarios de Pérez de Ayala suponen un paso adelante en un ámbito que no pudo alcanzar ningún otro autor del teatro cómico y popular de la época.

El hasta entonces sólo considerado como un autor de sainetes y obras menores fue visto también como alguien capaz de empresas teatrales de más envergadura. Esta valoración facilitó que otros críticos y autores vieran en su obra un modelo por su dominio del diálogo cómico, la capacidad de recrear ambientes y personajes populares y el fondo de tolerancia y comprensión que suele aparecer en sus obras.

Frente al rechazo generalizado que despertó en la crítica la comicidad de Muñoz Seca o el desprecio que sintieron los autores innovadores por los Alvarez Quintero —Valle-Inclán pidió que se les fusilara—, Arniches consiguió aunar el favor del público mayoritario con el respeto de la crítica y otros autores. Las opiniones de Lorca, Bergamín, Buñuel, Azorín, Baroja, Pedro Salinas, Lauro Olmo, Francisco Nieva, Rodríguez Méndez, Alonso de Santos, Berlanga y otros son una prueba de la riqueza de un autor que no se agotó en el estrecho, y muy válido, campo del sainete.

ARNICHES Y EL CINE

Arniches ha estado presente en el cine español desde sus inicios. Durante la etapa muda varias de sus zarzuelas fueron llevadas a la pantalla, lo cual es tan paradójico como habitual en aquella época. Asimismo, algunos sainetes y varias de sus comedias corrieron idéntica suerte. Este conjunto de películas ha desaparecido, pero muestra la dependencia del balbuciente cine con respecto al teatro, en donde buscaba autores, argumentos y, sobre todo, unas raíces para conectar con el público popular español.

Durante la etapa republicana se hicieron adaptaciones brillantes como la de *La señorita de Trevélez*, dirigida por E. Neville. En esas mismas fechas, Arniches participa en la constitución de la Cinematografía Española Americana junto a Benavente, es socio del vanguardista cineclub organizado por *La Gaceta Literaria* y sus textos son adaptados con notable éxito popular por las productoras CIFESA y Filmófono.

Arniches participó junto a Buñuel en las tareas de Filmófono, tanto en España como en Argentina durante la Guerra Civil. Para la misma redactó guiones originales colaborando en el éxito obtenido por una de las empresas cinematográficas más sugestivas del período republicano.

Durante el franquismo se siguieron adaptando sus obras, algunas de las cuales llegaron a tener hasta tres versiones cinematográficas. La película más destacada es *Calle Mayor* (1956), dirigida por Juan A. Bardem.

La popularidad de Arniches en Hispanoamérica provocó que tanto en Argentina como en Chile y, sobre todo, en Méjico sus obras fueran adaptadas en repetidas ocasiones. En este último país se rodaron entre 1938 y 1960 un total de 15 películas basadas en sus obras.

Se han localizado 59 películas que son adaptaciones de obras de Arniches, lo cual le convierte en uno de los autores con mayor presencia en el cine. El tono medio de esas películas es mediocre, pero hay excepciones como las de Neville, Buñuel y Bardem, tres cineastas que le admiraron y tuvieron la necesaria libertad y sentido cinematográfico para evitar el lastre teatral en sus versiones.

Arniches percibió pronto la importancia que iba a adquirir el cine, un arte que consideraba destinado a acaparar la atención del público popular. Sus inéditos guiones de los años treinta revelan el intento de participar en un cine como el realizado por Filmófono que, de la mano de Buñuel, compitió con el norteamericano para ganarse el favor del público hispanoamericano. La Guerra Civil truncó esta iniciativa.

DIPUTACIÓN
DE ALICANTE

GENERALITAT
VALENCIANA
CONSELLERIA DE CULTURA

INSTITUTO DE CULTURA
JUAN GIL - ALBERT
DIPUTACIÓN DE ALICANTE

Teatres
DE LA GENERALITAT VALENCIANA

Centro de
Documentación
Teatral

Museo
Nacional
del Teatro
ALMAGRO

Instituto Nacional de las Artes Escénicas y la Música
MINISTERIO DE CULTURA